

Liana Castello

Qué puedo hacer yo?

Una pregunta que encuentra
las más bellas e inspiradoras
respuestas en este libro

difusión

Qué puedo hacer yo?

Dirección y producción: Ignasi Ametlla
Texto: Liana Castello
Ilustraciones: Miguel Berzosa
Maquetación: Núria Comas
Corrección lingüística: Mercedes Tabuyo

© Por el texto: Liana Castello
© Ignasi Ametlla i Guxens
Difusión Publicaciones y Vídeos
correo@difusionpv.com - Tel. (0034) 619 224 555
www.difusionpv.org

Impresión: Cevagraf, SCCL
Depósito legal: B. 21448-2020
ISBN: 978-84-120821-1-1
Primera edición: Enero 2021 - Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación en un sistema informático, ni su transmisión en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por video, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Liana Castello

Qué puedo
hacer yo?

Ilustraciones
de Miguel Berzosa

LA CLASE DEL LUNES

Juan era profesor de catequesis en una escuela secundaria. Amaba su profesión, era un hombre de fe y de vocación. Pasaba horas preparando sus clases y disfrutaba mucho cuando estaba con sus alumnos.

Ese domingo había amanecido lluvioso y Juan pensó que sería un muy buen día para ordenar su escritorio de trabajo, tan repleto de apuntes y libros que ya no quedaba espacio donde poder trabajar. También debía preparar la clase del lunes.

Antes de empezar a colocar, decidió ver un poco la televisión; pasaba los canales sin que

nada lo entusiasmará y se detuvo en las noticias. «Nunca son demasiado buenas», pensó Juan con cierta tristeza: pobreza, un mundo convulsionado, desigualdad, delitos y entonces apagó el televisor y empezó a ordenar ese escritorio que hace tanto lo estaba esperando para lucir mejor.

Eran tantos los libros y apuntes desparrramados que tuvo que pensar en cómo acomodar todo y dónde colocarlo. En su biblioteca no había mucho espacio, porque Juan tenía muchos libros; amaba leer.

Fue guardando los apuntes en diferentes carpetas, según el tema, y colocó los libros en el poco espacio vacío que quedaba en la biblioteca. Empezó por los de mayor tamaño y fue dejando en el escritorio los más pequeños.

Pasó casi dos horas sin que Juan se diera cuenta. De pronto, se encontró con un escritorio casi vacío; ya no quedaban apuntes, solo un libro que aún no había colocado en la librería.

Tomó ese libro y, cuando vio de cuál se trataba, quedó entre aturdido y asombrado. Era un libro especial y que Juan amaba particularmente: la biografía del padre Andrés

Coindre, un sacerdote francés con una vida corta pero muy rica, fructífera, llena de piedad, compasión, entrega hacia el otro y fe; una vida apasionante.

El catequista se quedó mirando el libro y pensando por qué justo esa biografía había quedado allí como queriendo decir algo, como si no hubiera sido al azar, como con un propósito.

Tomó el libro, lo hojeó y de pronto leyó una pregunta que se repetía más de una vez en la vida del padre Coindre: «¿Qué puedo hacer yo?».

Y ahí el buen Juan se dio cuenta de que las cosas no pasan porque sí, de que Dios tiene sus caminos para llegar a ciertos destinos y de que también tiene su modo de pedirnos que hagamos algo.

Se puso a pensar en todo lo que había visto en las noticias y eso lo llevó a pensar también en lo que veía en sus alumnos, en su mundo, en todo y todos los que lo rodeaban.

Juan se movía en el mundo de los jóvenes y por más que la juventud esté llena de sueños y futuro por delante, se dio cuenta de que

también existía en ese mundo joven tristeza, desigualdad, pobreza; no todos tenían las mismas oportunidades. También notaba algo que lo preocupaba y era que muchos de sus alumnos no tenían una vocación, otros no tenían mucha fe o albergaban muchas dudas al respecto. A algunos les faltaba piedad. No es que no fueran buenos chicos, sino que en sus aulas se vivían situaciones que no eran felices ni deseables y que se podían mejorar.

¿Cómo inspirar a esos jóvenes hacia una vida mejor, a tener una meta, a ser buenos cristianos, a tener pasión por lo que hacen, a ser mejores personas? Desde el escritorio ya casi vacío, el libro que tanto amaba Juan y contaba la vida del padre Andrés Coindre estaba dándole la respuesta. Juan ya sabía qué podía hacer él.

Sin duda alguna, decidió que el tema de la clase del día siguiente y de muchos otros sería desandar los caminos del padre Andrés y que su ejemplo fuera inspiración para sus alumnos.

Feliz de haber encontrado ese libro, organizó sus apuntes para el día siguiente y ese domingo, que comenzó gris y lluvioso, se convirtió para Juan en un día soleado.

A la mañana siguiente se levantó más temprano y fue a sacar tantas fotocopias del libro como alumnos tenía. Parte del «¿qué puedo hacer yo?» era regalarles esas fotocopias, pues, aunque pueda parecer mentira, no todos podrían pagarlas.

Mientras en la librería le hacían las fotocopias, Juan se fue a tomar un café y a releer sus apuntes para la clase que tanto lo entusiasmaba.

Retiró las fotocopias y fue presuroso al colegio; sus alumnos lo estarían esperando, cada uno con su situación, cada uno con sus dudas, cada uno con su vida, su tristeza o su alegría, su pobreza o su abundancia; cada uno con su fe o sus dudas.

Cuando iba acercándose al aula, ya se oían gritos; eran sus alumnos discutiendo. Juan no llegaba a entender qué decían, pero estaba claro que no estaban diciéndose cosas agradables.

Abrió la puerta y todo era desorden.

—¿Qué pasa aquí? Chicos, por favor, ¿qué pasa? —preguntó Juan desconcertado.

No fue una, sino varias respuestas al mismo tiempo lo que el catequista oyó.

Una joven se quejó de que siempre le hacían *bullying*; otro, de que ya estaba cansando de hacer siempre los trabajos mientras otros holgazaneaban; unos decían una cosa y otros otra. Todos gritaban al mismo tiempo y Juan no entendía por qué había estallado semejante discusión.

12 Cuando los ánimos se calmaron, los alumnos le contaron al profesor que debían organizar un evento para el colegio. Como no se ponían de acuerdo, más de uno, enojado, había sacado lo que tenía guardado hacia el otro o quizá hacia él mismo; muchos, por una u otra razón, se habían sentido lastimados y habían herido a otros; otros habían aprovechado para descargar la ira que tenían guardada, y así varios sentimientos más.

Sin duda, no era solo en la televisión donde la realidad dolía por una u otra razón.

Una vez más, Juan confirmó que Dios había puesto ese libro en su camino y en el de sus alumnos. Sería muy enriquecedor para ellos saber todo lo que había pasado el padre Andrés Coindre, pero, sobre todo, lo que él había hecho con lo que le había sucedido. A todos nos suceden cosas, lo im-

portante es saber qué hacer con ellas y salir fortalecido y mejor persona.

Les pidió que se calmaran y se sentaran, y les dijo:

—Pues bien, hoy y durante algunos días vamos a leer juntos y a trabajar sobre la vida del padre Andrés Coindre.

Nadie había oído hablar de él y Juan lo imaginaba. No siempre a las personas que dejan huella en la historia se las reconoce como debiera. Ninguno entendía qué tenía que ver con lo sucedido leer la biografía de un sacerdote, pero confiaban en Juan y lo escucharon con atención.

Juan continuó:

—Podría decirles muchas cosas sobre él o también podrían ustedes leer su biografía en casa; por ahora, solo les diré que fue un sacerdote que tuvo una vida más que rica, más que fructífera, aunque corta, y que hizo más de lo que muchos hombres juntos podrían haber hecho, pero por ahora no les diré nada más. Hoy haremos otra cosa: nos haremos preguntas e iremos respondiéndolas teniendo en cuenta la experiencia de esta figura enorme que fue el padre Andrés.